

**JAIME HOYOS-VASQUEZ:
LA COHERENCIA PARADOJAL DE UNA VIDA
FILOSOFICA**

MANUEL DOMÍNGUEZ MIRANDA*

Trazar en un escaso número de palabras, cuya lectura no exceda de los diez minutos, una semblanza de nuestro Jaime Hoyos, es para mí una tarea ingente que, sin duda alguna, no lograré cumplir con acierto. Por eso, al referirme a él con este único adjetivo de "nuestro" -que pretende ante todo ubicar esta conmemoración en el seno de nuestra comunidad universitaria-, dejo abierto el espacio para que cada uno de quienes en alguna forma y medida llegaron a encontrarse vitalmente con él, pueda reconstruir con el corazón y la memoria la imagen que de él lleve impresa.

Para hablarles con alguna propiedad del amigo; del filósofo y del creyente; del decano y del colega; del hombre de consejo, de aliento y de consuelo en momentos de encrucijada para innumerables personas; del maestro y del guía personal de una variadísima gama de estudiantes, conformada por más de treinta promociones de aspirantes a filósofo y, yendo más allá de estos rasgos particulares, para tratar de presentarles la rica y compleja personalidad del ser humano concreto, de carne y hueso, en el que éstas y otras muchas facetas vitales se integran constituyendo la imagen ejemplar de una vida orientada desde la filosofía, (todo esto debería abarcar su semblanza), serían necesarios un espacio para la palabra y una distancia vital del tema de mi discurso mucho mayores de los que en este momento me es dado disponer.

* Pontificia Universidad Javeriana

Por esta razón voy a limitarme a explicitar el significado del título con que he encabezado estas líneas y a ilustrar con algunos ejemplos lo que en él he intentado sintetizar. Queda, por tanto, por fuera y muy lejos de mi propósito, intentar aquí una interpretación -y mucho menos una valoración- del trabajo intelectual y académico de Jaime. Me limito a una conmemoración de su personalidad, es decir a recordar o reactualizar, en un acto comunitario, la imagen esencial, esquematizada, que yo conservo de él y a la que quisiera rendir un homenaje de admiración y de cariño junto con todos ustedes. Recordemos que la admiración y el amor están en la raíz de la filosofía.

Quisiera, ante todo, dejar en claro qué entiendo por "una vida filosófica", es decir, una vida orientada desde la filosofía. En modo alguno quiero significar con esta expresión una vida en la que se toma a la filosofía como el valor supremo o como el horizonte total de la existencia. Tampoco quiero decir una vida entregada por completo a la realización de aquellas tareas que pueden designarse como los quehaceres profesionales del filósofo, -utilizando aquí el término "profesional" en su acepción estricta y rigurosa. En una vida verdaderamente filosófica, la filosofía no lo es todo, precisamente porque una vida asumida desde el horizonte de la filosofía obliga a trascender permanentemente todas las delimitaciones propiamente filosóficas. Como veremos más adelante, para Jaime el filósofo jamás podrá ser definido adecuadamente como un profesional de la filosofía. Esta tendrá que contener, sin duda, un momento o hasta una dimensión técnico-científica, es decir, profesional, pero exige, por su propia esencia el instalar su actividad pensante por fuera tanto del mero sentido común como del ámbito total de la tecnociencia. La filosofía era para él una forma de vida; era la búsqueda de una vida sabia, de una vida que concibiría como unidad indisoluble de quehacer u ocupación teórica, servicio a los otros y autorrealización personal.

Una vida filosófica es una vida que se asume a sí misma y a cada una de las cosas reales que en ella aparecen, como esencial paradoja: como total y constitutiva relatividad que en un sueño permanente de infinitud, se desborda o trasciende eternamente a sí misma. Este acicate permanente hacia el absoluto verdaderamente absoluto -que se acepta como inalcanzable para el hombre- lleva al filósofo a relativizar todos los absolutos mundanos que ciegan con sus falsas claridades y exactitudes el horizonte infinito, siempre brumoso, de la vida humana. Esta relativización de todos los absolutos que en cada una de sus épocas se inventa la cultura, junto con la seguridad de que, al agotarse los horizontes y las luces que tales absolutos procuran, la vida, infinitamente recursiva, ha de ofrecer al que denodadamente lo busca y confiadamente lo espera, un horizonte nuevo de valor, una nueva esperanza,, un nuevo desvelamiento del ser, conforman, paradójicamente, el suelo firme que permite al filósofo entregarse confiadamente a la inmediatez del instante. Esto era lo que permitía a Jaime Hoyos reconciliarse alegremente, en total libertad y jovialidad, con la vida inmediata y cotidiana: echar raíces en la real

finitud del mundo y disfrutar del mar o del paisaje campestre, alborotar con sus perros, alimentar sus pájaros en libertad, reír con las ocurrencias picantes o intrascendentes de los amigos..., vivir intensamente cada situación de la vida.

El filósofo era para Jaime el hombre de la paradoja, el ser que vive hasta el límite las ambigüedades de la existencia. En la paradoja se le hacían patentes la suprema verdad humana, como finitud e incabamiento, y la fuerza creadora de la vida como alumbradora de una nueva revelación del ser. Heideggerianamente descubría en la perplejidad el origen del filosofar. La perplejidad es un estado de ánimo que brota de la paradoja. En la perplejidad se le descubre al hombre una posibilidad nueva, un nuevo horizonte, más allá del muro en que lo encierra la paradoja. El filósofo nunca se queda del lado de acá de la paradoja sino que, viviendo hasta el tope el cerco de la aporía, se resuelve a saltar por encima del muro hacia una nueva luz que clarea, como un don, como una gracia, más allá de los límites de la lógica dominante y le incita a instaurar una nueva lógica en un nuevo horizonte de pensamiento que brota del deseo y de la esperanza.

Filósofo de cepa metafísica, Jaime Hoyos gustaba de formular paradojas radicales. Son bien conocidas algunas de sus formulaciones en este campo:

La filosofía no sirve para nada pero es indispensable para la humanidad. La filosofía es atea pero nos abre permanentemente al misterio de Dios. El hombre, constitutivamente un ser-para-la-muerte, está esencialmente abocado a la afirmación de la vida. La filosofía no se ocupa en la solución de los problemas mundanos pero el filósofo debe conocer a fondo, y plantearlos con rigor, los principales problemas del mundo en que vive. La irrupción creciente de la pobreza en nuestro mundo puede alumbrar un nuevo modelo de vida solidaria entre todos los hombres.

Que la filosofía no sirve para nada significa para Jaime Hoyos que ella no puede acometer acciones directas de transformación del mundo en el sentido en que efectivamente lo hacen las tecnologías y las ciencias particulares. El pensamiento filosófico no recae sobre los entes sino sobre el horizonte que hace posible el manejo y el pensamiento de los entes.

Lo que hay que procurar no es que la filosofía intervenga en los acontecimientos y problemas concretos del mundo sino el que haya filosofía en el mundo, que haya una actividad pensante capaz de enfrentar radicalmente las perplejidades a que nos conducen las ciencias y las tecnologías. La filosofía no soluciona los problemas que los hombres tienen planteados sino que trata de convencer a los hombres, con toda clase de razones, para que no se conformen con la obscuridad y la estrechez del presente, que miren hacia un nuevo horizonte y apuesten por la indecisa luz de un nuevo amanecer.

El filósofo es siempre un intempestivo, un interlocutor incómodo para los encargados de sostener la mentalidad dominante pero que tiene, paradójicamente, que ganarse la admiración y el respeto de quienes son los dueños y señores del presente.

En este paradójico trabajo vimos batirse a Jaime Hoyos innumerables veces y con singular valentía. Dió grandes batallas en todos los frentes de la vida social en pro del reconocimiento y la valoración de la filosofía y de los filósofos como elementos básicos, indispensables, de nuestra cultura. Pero exigió, con igual energía, de quienes se dedican al trabajo filosófico, hacerse capaces y dignos de ese reconocimiento. Al filósofo que, en la universidad o en el ámbito general de la cultura, no era capaz de competir y destacarse por encima del promedio de sus homólogos -estudiantes, profesores o profesionales-, Jaime lo consideraba como una rémora o un detractor de la tarea filosófica. Pensaba que la filosofía era para pocos pero que esos pocos tenían que ser destacados. Y dado que vivimos en un mundo indiferente, más aún, hostil hacia la filosofía, consideraba un deber de la universidad cultivar y mimar como plantas exóticas -ofreciéndoles estímulos y hasta privilegios- a las escasas vocaciones filosóficas que llegaban a ella. Insistía, paradójicamente, en que el filósofo, que para un mundo industrial y mercantilizado como el nuestro no produce nada útil, debía ser capaz de vivir de la filosofía pero que no podía considerar al quehacer filosófico como un simple medio para ganarse la vida. Por eso, la universidad, que se piensa a sí misma como una empresa productora de cultura, debería asumir como costo de funcionamiento no sólo la subsistencia sino la pujanza y la abundancia de medios que hacen posible la autonomía y, por tanto, la vida de la filosofía.

No es posible exponer aquí el sentido de las otras paradojas que hemos enunciado ni mostrar las consecuencias prácticas que de ese sentido extraía Jaime. El vivió filosóficamente todas estas y otras muchas paradojas. En verdad asumió en todo momento, con profunda coherencia y en forma espontánea, el carácter paradójico de la existencia. Esto aureolaba a su personalidad con el brillo de lo sorprendente, lo inesperado, lo vitalmente exuberante y hasta lo que, a primera vista, pudiera, a veces, parecer incoherente y contradictorio.

Hoy, al intentar compartir con ustedes algunos recuerdos de él -acallando otros muchos que cada uno guarda en la memoria del corazón- me pareció encontrar en la profundidad y el rigor con que Jaime asumió, desde la filosofía, el carácter paradójico de la existencia, una clave importante para comprender los modos polifacéticos con que él hacía frente a las más diversas situaciones de la vida y pude extraer el contenido de la que considero como una de las más importantes de sus lecciones: Jaime Hoyos nos enseñó, en la teoría y en práctica cotidiana, que la existencia, la de cada hombre, es real, concreta y detalladamente paradójica, (¡y que así hay que asumirla, sin mutilar los extremos opuestos!), en todas sus manifestaciones y dimensiones,

pero de un modo muy particular en la dimensión intersubjetiva: la dimensión humana de *proximidad*.

En este campo sólo el amor -que Jaime cultivó en muchas de sus innumerables formas, pero con particular esmero bajo la forma de amistad-, puede superar la paradoja ineludible de la alteridad, cargada siempre de distancias, sombras y de espinas. En esto fue también Jaime un gran maestro. El podría disentir, criticar, incluso excluir; podía exasperarse, podía regañar y hasta ser drástico y castigar, pero a través de todas esas actitudes lograba, paradójicamente, amar, porque sabía encontrar un nuevo horizonte para la relación humana desde el cual, antes o después, se hacían posibles el acercamiento, el reencuentro y la cordialidad. Este fue uno de los más valiosos legados de su actuación como decano y como guía de esta comunidad que hoy quiere rendirle el tributo de su admiración y de su afecto.